

## El ladrón de zapatillas

Fernando Pérez de Blas  
Licenciado en Filosofía

Hace unos días pasé, por simple casualidad, sin premeditación, por la calle Sueños, donde yo había vivido durante mi infancia, antes de situarnos en aquel chalet adosado de la zona asentada de la ciudad, en el barrio Adinerado. En aquel momento, mientras andaba, no sentía ningún recuerdo especial: las mismas casas prefabricadas, con los mismos asfaltados en continuo completarse, los niños que jugaban o reñían por los montones de arena de las eternas obras, las madres con los carritos llenos de casi nada, algunos padres paseando su paro vitalicio, automóviles de edad avanzada roncando a duras penas por entre las vallas metálicas de los obreros... Pero esa monotonía que había marcado mi niñez y ahora mis recuerdos comenzó a brillar con otro color cuando vi en la acera de enfrente un solar rodeado de cintas y carteles de seguridad: «no pasar», «terreno inestable», «futuras obras del ayuntamiento, presupuesto millonario, viviendas sociales, bla, bla, bla...». De pronto recordé que era la antigua casa del ladrón de zapatillas, cuyo nombre nunca supe a ciencia cierta.



Fue como una luminosidad en la memoria que me devolvió a mi verdadera niñez, la que se construyó entre sueños y esperanzas ahora borradas por realidades suspendidas entre seguridad y confianza, esos vocablos bancarios que rodeaban mi existencia, que en otros tiempos sería burguesa, y ahora se denominaba, con nuestro lenguaje supuestamente neutral, de clase media. Esa luz trajo un color a mis recuerdos realmente excitante:

El ladrón de zapatillas era un señor mayor, de barba canosa y

mal recortada, que se dedicaba a vender libros de viejo y a remendar zapatos para las familias obreras (léase de clase baja en nuestra habla actual). Era un pobre más entre nosotros, que aparentemente no destacaba de entre la masa. Pero los chavales del barrio teníamos con él una amistad prácticamente inenarrable. Nuestro estado económico no era para tirar cohetes y casi nunca, excepto para alguna fiesta, podíamos usar calzado, llevando nuestros pies al aire libre. Mi madre me ponía en invierno unas alpargatas que habían pertenecido, como mínimo, a mi hermano mayor. Pero todo cambió cuando el ladrón comenzó sus aventuras nocturnas, harto de sufrir sus sueños en soledad. Un buen día, creo que la noche de reyes, que en Sueños no suponía nada especial, porque nadie recibía regalos, salió a hurtadillas de su casa y volvió con sacos llenos de zapatillas de todo tipo. Eran las que los niños de Adinerado ponían con cereales para los camellos de Oriente. El ladrón las vació y preparó varios poemas que escribía en la soledad de su cuarto desde hacía años, los metió en las zapatillas y fue casa por casa regalando esas especiales prendas a los

Miguel Ángel Fernández

pequeños del barrio. Los calzados, que nadie preguntó de donde venían, supusieron un gran alivio para las familias, que calzaron a sus hijos e hijas sin esperarlo. Pero poca gente se dio cuenta de los poemas arrugados en el interior del hueco para el pie. Pensaban que eran los papeles con los que se choca al probarte los zapatos en las tiendas, en ese rito repugnante de dar unos pasos delante de tu madre dubitativa y la tendera alabante del artículo. Pero eran poemas, como algún niño que otro percibió al jugar con los papeles. Muchos de ellos los guardaron y llevaron al día siguiente al patio. Los pocos que sabían leer nos los recitaron a los que estábamos en excitación por saber lo que decían. Sus vocecitas chillonas nos hicieron llegar estas rimas condicionales:

*Si yo pudiera dar,  
Regalaría mis sueños,  
A las guerras paces,  
A los niños juegos.  
Si fuera muy rico,  
Daría esfuerzos,  
Al pobre viandas,  
Al asentado duelos.  
Si pudiera hablar,  
Lo haría en versos,  
A las rosas tristes,  
A la hierba lentos.  
Si fuera gobernante,  
Donaría mi puesto,  
Al tirano quemado,  
Al hombre liberto.  
Si tuviera rencores,  
Los echaría al viento,  
Al del Norte dormidos,  
Al del Sur muertos.  
Si fuera amante,  
Colocaría un puesto,  
De rebajas abrazos,  
De oferta besos.  
Si pudiera contar,  
Sumaría cientos,  
A los jóvenes labores,  
A los ancianos recuerdos.  
Si fuera bombero,  
Apararía los miedos,*

*Con agua los fogosos,  
Con leche los tiernos.  
Si pudiera gritar,  
Bramaría estruendos,  
Por el amor millares,  
Por la alegría milenios.*

*Si yo pudiera dar,  
Regalaría mis sueños,  
Que son de poeta,  
Pero son sinceros.*

Con estas letras pronto todos comenzamos a ser asiduos de la casa del ladrón de zapatillas, llevados por la curiosidad de aquellos ritmi-llos cantarines que nos hacían balancear la imaginación. El nos leía poemas que zumbaban en nuestra memoria durante días y que los más avisados se aprendían «de cabeza» y los recitaban en casa ante el asombro de unos padres que nunca habían tenido tiempo para llevar a sus hijos al colegio, como la tradición había hecho con ellos.

Y cada cierto tiempo las familias recibían un nuevo lote de zapatos con poema de obsequio, aunque para nosotros lo más importante era leer las rimas y releerlas una y otra vez con los demás. Los calzados muchas veces nos apretaban los pies y preferíamos dejarlos para las fiestas.

Así continuó la vida en Sueños hasta que un buen día aparecieron unos señores azules y otros verdes que, portando pistolas, forzaron las puertas del establecimiento del ladrón de zapatillas y lo sacaron semidesnudo de la cama. Los vecinos preguntaron qué ocurría pero la única respuesta era: «hablaremos con su abogado», mientras colocaban un cartel en la puerta de la tienda que decía «cerrado por seguridad». Mi padre comentó con mi madre:

—¿Qué es un abogado?

—No sé, pero nada bueno, porque en la radio del mercado he oído hablar del «abogado del diablo».

—Ya decía yo que el zapatero no debía usar abogado, a no ser que haya abogado de Dios.

—No sé, no sé, pero él enseñaba a nuestros chavales a leer y decir cosas bonitas y nos regalaba zapatillas para calzar sus tiernos pies: ¿qué malo tiene eso?

Un hombre azul, gritando contestó a mi madre:

—Señora, cálese, que este viejo robaba esos calzados y luego les engañaba con ellos.

—Pero si él no nos cobraba.

—Bueno, pues eso dice la denuncia del juez.

Los azules y verdes se marcharon con el ladrón esposado, mientras se leía otro cartel en la puerta de la tienda: «en ruinas, próxima demolición: terreno expropiado por el ayuntamiento».

Y todos los chavales nos quedamos llorando, sin saber que no íbamos a ver más al ladrón de zapatillas, ni nos iba a leer sus poemas con aquella voz que parecía arroparnos...

Los padres pasaron muchos años hasta que comprendieron qué era aquello de abogados y jueces.

Ahora, al ver este solar que unos días después de la detención fue derruido, con los mismos carteles de hace años, sin ser tocado me pregunto: ¿quién debía ser aquel juez? ¿En su código debía ser delito enseñar a los chavales a caminar sobre sueños? Y sigo mi camino hacia el barrio Adinerado, donde nos fuimos tras ganar mi padre unos millones con un boleto del vendedor ciego que los azules y los verdes trajeron con un kiosco en la antigua puerta del ladrón. Eran los sueños que nos traía la justicia, los que ella permitía. Ahora la tienda del ladrón de zapatillas era un peligroso terreno sin dueño, pero que a mí me había traído a la mente aquellos sueños, que eran de poeta, pero eran sinceros.